

La criada volvió al cabo de un cuarto de hora, toda desconcertada, «la sangre helada», decía. El príncipe de Chantenay no estaba en el hotel ni volvería por la noche; no podría tener conocimiento de la carta hasta mañana. El portero había preguntado á Victorina si se trataba de un socorro.

—Si V. quiere, sí; un socorro.

Entonces el portero había reído bastante insolentemente. ¡Se fatigaba tanto al Príncipe con estas peticiones! ¡Si el señor de Chantenay fuese á dar á todos los mendigos que le suplicaban, su fortuna no bastaría!

Había tomado la carta de la señorita por la de una mendiga. ¡Son bestias estos porteros!

Y Noris, escuchando, se decía que, después de todo, ella también mendigaba como esos solicitadores despreciados de esa turba de sirvientes de librea. Le fué preciso cambiar su altanería en oraciones. Ella hubiese querido que antes de conocer

por los diarios el resultado del proceso, el señor de Chantenay leyese la carta, que estaría ahora, quizá, en la habitación del portero.

¡Los diarios! *El Derecho* «Asunto Vérignon y consortes». ¡Qué dolor el suyo cuando al día siguiente desplegó esas hojas de papel donde casi á cada línea encontraba el nombre de su padre, y donde leyó la sentencia de los jueces con sus *considerandos* insultantes y desapiadados! ¡Se le había además condenado á una multa al pobre diablo, que tenía apenas ante él la posibilidad material de algunos años de existencia; aquel galeote literario, que, después de una larga vida de remero de papel, hubiese podido vivir sin demasiadas privaciones á condición de haber colocado en renta vitalicia sus escasas economías!

Dinorah encontraba inicua y tonta á la vez esta condena que, á Dios gracias, se decía ella, no tenía nada de definitiva. Después de una noche de atroz insomnio en la soledad de aquella habitación, la joven estaba levantada desde el amanecer, segura de que el señor de Chantenay contestaría á la carta de la víspera. Toda la mañana se pasó esperando esta carta, y en leer y releer y subrayar de sollozos ó de cólera la reseña del proceso. Al mediodía, y vista la insistencia de la vieja Victorina, Noris se puso á la mesa y comió rápidamente. Tenía prisa de ir hacia Mazas, á ver si podía hablar á su padre. En adelante haría á menudo este viaje á la prisión. Todo lo que ella pudiera dar de su vida al desgraciado, lo daría, dispuesta á compartir con él su detención, si se lo hubiesen permitido.

Esperó todavía algún tiempo, confiada en que llegaría carta del príncipe de Chantenay, quien ya

debía haber leído ahora lo que ella le escribió ayer. El tiempo pasaba; Noris se decidió á marchar. Pero á la puerta de Mazas tropezó con una imposibilidad que no había previsto. No se ve tan fácilmente á los prisioneros.

¿Tenéis un permiso?

No, no tenía nada. Llegaba allí naturalmente, y con una imperiosa necesidad de abrazarse al cuello del anciano, y decirle que, aunque fuese abandonado del mundo entero, le quedaba ella, su hija. Era necesario un permiso para esto. Las familias podían hacer visitas á los prisioneros tres veces por semana.

—No teneis más que escribir. ¡Se os responderá!

—Pero hoy....

—¡Oh! ¡hoy, imposible!

—Pero es mi padre.... ¡Yo querría ver á mi padre!

Noris debió ver en la sonrisa ligeramente irónica del guardián, al que hablaba, que «los padres» en Mazas eran presos como los demás. No era la única hija que fuese allá á suplicar con los ojos amoratados.

—Escribid, os digo; escribid.

¡Escribir como al señor Chantenay! ¡Esperar aún una respuesta, y sentir pasar el tiempo en un olvido horrible! En adelante se reduciría á suplicar. Naufraga y obligada á luchar en aquel mar humano, ¿quién escucharía sus súplicas entre el estruendo de la multitud? El Príncipe no la escuchaba ni la respondía. ¡Había puesto en él una confianza tal! Noris caía del alto de un sueño. ¿Pero habría leído la carta? ¿Estaba en París? Ella se hubiera pre-

sentado en el hotel de Chantenay si se hubiese atrevido.

Al menos, el permiso que pedía para ver á su padre le estaba concedido. Iba á encontrarse ante él, ¡á poder hablarle! Hubo entre estos dos seres, cuando se volvieron á ver por la primera vez á través de la rejilla y los barrotes de una celda de locutorio, una escena dolorosa. Ella vislumbraba en una penumbra el rostro pálido y consumido de su padre: hubiese querido abrazarle, y el espacio vacío, una especie de hueco entre las dos celdas, se lo impedía. Entonces se consolaba, lanzaba sus palabras de esperanza á través de la reja, escuchaba la voz insegura del pobre diablo, diciendo: «Tú sabes que soy inocente. ¡No tienes que avergonzarte de mí! Vérignon es el canalla. Yo no sabía...., yo era demasiado bueno, demasiado bestia.... ¡Ah, viejo imbécil, viejo imbécil!»

Noris volvió lo más á menudo posible, en los días reglamentarios, yendo á esta prisión como á una peregrinación á un cementerio. Se apresuraba: estos días pedía á Victorina que preparase un pastel para dárselo al guardián, pero que llegaría á manos de Feraud. ¿Para qué, si él no comía? No tenía apetito; no tenía más que una idea: redactar una memoria justificativa, acudir en apelación. Su abogado le decía que en apelación se le haría justicia.

—Estoy segura de ello,—repetía Noris.

Experimentaba un verdadero ahogo al penetrar en la prisión, llena de un aire caliente, espeso, que la apretaba las sienes, y apenas la pesada puerta guarnecida de clavos enormes, franqueada á las miradas curiosas vagamente burlonas de los soldados

de centinela ó sentados en los bancos á lo largo del muro exterior, sentía congoja y como una pesadilla; le parecía que lo que veía era la decoración obscura, triste y horrorosa de un mal sueño. Atravesaba un patio cuadrado, al que daban el aspecto de un lugar de tormento sus rejas altas. La empolvada hiedra se arrastraba á lo largo de las habitaciones del director, poniendo tristemente un marco á las ventanas. Lilas, solas, irónicas y prisioneras, también daban á aquel patio, frío como un pozo, una irónica sonrisa y abrían sus flores en esta cárcel.

En la portería, Dinorah presentaba su salvoconducto, ese pedazo de papel que le daba el domingo, el martes y el jueves acceso al locutorio ordinario; los demás días al locutorio de favor, que no se diferenciaba del otro más que porque estaba situado en el primer piso en lugar del cuarto bajo, y en que los barrotes que la separaban de su padre, como de una bestia feroz, no tenían detrás un espeso alambrado. En el locutorio de favor, Noris podía tocar á este pobre viejo agobiado, cuya cabeza veía más calva y la espalda más encorvada, en el espacio de aquella habitación estrecha como un confesonario. Ella se sentaba enfrente de él, en la banqueta de madera móvil, y acercando su cabeza pálida á los fríos barrotes de hierro, intentaba alcanzar con el borde de sus labios la mejilla del pobre hombre, donde bebía algunas veces las gruesas lágrimas que de sus párpados, amoratados por el insomnio, iban á rodar en su barba gris.

Los inspectores estaban allí, metidos en sus túnicas verdes con botones blancos, cubiertas las cabezas con casquetes de cuero, que no se quitaban, y dejaban, durante la media hora reglamentaria, á

este padre hablar con su hija, escucharla más bien, ó llorar con ella, mientras que algunas veces, por la ventana abierta detrás del locutorio, Noris veía las galerías donde, solitarios entre dos paredones de guijarros oscuros, los prisioneros se paseaban; de la otra parte, los huertecillos donde los guardias cultivaban legumbres.... Casas altas, casas donde se estaba libre, aparecían á lo lejos allá abajo, destacándose sobre el cielo por encima de los muros de Mazas. Noris tenía deseos de ir á vivir en una de esas moradas y de permanecer en alguna ventana, mirando de lejos, de lejos, tratando de ver á su padre.... Este horizonte de libertad, de aire, de cielo, circundando la especie de caja donde el infeliz estaba encerrado, daba á la joven ganas de llorar, y terminaba estas conferencias con el corazón oprimido, no pudiendo decir nada más que

—Adiós, adiós, padre mío.

La puerta de la celda se abría y se cerraba ante el padre: ella bajaba aturdida la estrecha escalera que desde los locutorios de arriba la conducía á la puerta de salida. Se encontraba fuera sin saber cómo. Dirigía una última mirada á aquellos muros de redondos agujeros y buhardillas cuadradas, que á la noche se alumbraban como ojos y se apagaban á la hora de reglamento, y trataba aun en aquellos agujeros de adivinar cuál sería la que llevara la luz hasta la frente de Feraud, quien sollozaba sin duda, con la cabeza oculta en sus manos, en el mismo momento en que ella enjugaba sus ojos henchidos de lágrimas, para que las gentes de la calle no la viesen llorar. ¿Qué tenía ella que llorar si él era inocente?

¡Y hasta el día siguiente!.... De esta prisión,

Noris conservaba un gozo amargo. ¡Le había visto! ¡Le había hablado! Le había, en un momento y ahogando los sollozos, repetido alguna palabra de esperanza. Se acostumbraba á esta vida. En el hundimiento de sus esperanzas tenía todavía un objeto, Mazas, y toda su existencia que se pasaba, casi vegetativa, silenciosa y muda, en la habitación de la calle Brochant, tenía en una de las celdas de la prisión la inscripción de primera división, núm. 42.

Noris volvía á menudo á pie de estas visitas, rindiéndose de fatiga para tratar de encontrar á la noche el sueño que de ella huía. Esto era como una lucha entre ella y su espíritu, rodeado de visiones calenturientas, donde el príncipe de Chantenay pasaba tan á menudo como Feraud. Desde la condena de su padre, la joven tenía fiebre.

—Será necesario cuidaros,—repetía Victorina. Dinorah se encogía de hombros.

—¿Para qué?

Hubiese querido dormirse y no despertar jamás. Si el padre no hubiese vivido, ella hubiera querido morir. Á los diez y nueve años, la vida la pesaba ya. Tenía disgusto, náuseas.

El silencio inexplicable, casi insultante, del señor de Chantenay, añadía una tristeza profunda al corazón de Noris. No quería pensar más en él, sino en su padre; y, sin embargo, la desaparición de este Príncipe que había unido tan íntimamente á sus sueños, la afligía. Se había acostumbrado Noris á contar con él. Le costaba trabajo arrancar del fondo de su ser esta ilusión, que era más que una quimera, que era ya un amor.

Volvía una tarde hacia la casa de las Batignol-

les, con el paso grave y pesado como los seres que arrastran una pena, cuando al pasar por una calle de la que maquinalmente leyó el nombre, calle de Florencia, y mirando á la puerta de una gran casa nueva una larga fila de coches, vió, casi por casualidad, las armas mismas de Chantenay, el martillo de oro con la divisa *Moult Fier mult fiert.*

Noris instintivamente examinó esta casa vasta, de donde salían, envueltos en sus abrigo de pieles, como de una sala de concierto, hombres elegantes y mujeres, que subieron apresuradamente en los coches que les esperaban. Éste era un establecimiento de hidroterapia, la casa del doctor Sierck, el gran adversario de las anemias y las neuralgias: todo París había pasado por sus estufas.

El príncipe de Chantenay estaba, pues, allí. Si Dinorah quería verle, preguntarle por qué en su angustia mortal no había tenido noticias suyas, no tenía más que esperarle. Impulsada maquinalmente, leyó una vez más aún el antiguo emblema; después, disgustada por las miradas de los cocheros que charlaban entre ellos, gruesos y fuertes, burlándose graciosamente de los paroxismos de sus amos, se alejaba ya, cuando, al volver todavía una vez la cabeza hacia la puerta de entrada, vió al joven Príncipe que salía, con el cuello de piel de nutria levantado, deteniéndose en el umbral de la puerta para encender un cigarro.

El movimiento instintivo que detuvo á Noris, y le hizo después dar un paso hacia René, fué más fuerte que su reflexión. Se encontró ante el Príncipe como si le hubiese acechado al paso, y él, saludándola, sonriendo con aire embarazado, debió

persuadirse de que le esperaba, sabiendo que estaba en casa del doctor Sierck.

—Señorita Feraud,—dijo, admirado y disgustado.

Se había detenido á su vez maquinalmente ante los coches, donde su cochero, que le veía, salía de la fila para aproximarse.

Trató de sonreirse, y añadió, queriendo ser amable:

—¿Tenéis que hablarme?

—Sí (dijo ella), puesto que la casualidad me pone en vuestro camino.

—¿La casualidad?

—Al pasar he visto vuestro coche, vuestras armas....

—¡Ah!—dijo él, mirando de reojo, con su mirada apagada.

La encontraba bonita, muy bonita, con el manto ceñido al talle, con su fino y pálido semblante.

El coche se aproximaba á la acera.

—Seguid (dijo el Príncipe al cochero). ¿Os es igual que andemos un poco?—preguntó á Noris.

Y los dos juntos, en tanto que el cochero detenía el paso de los caballos, René, al lado de Noris, iba examinando como aficionado esta linda joven, que le preguntó de repente:

—Os he escrito; ¿por qué no me habéis contestado?

—Pero, querida señorita....

Buscaba una frase evidentemente, una razón cualquiera.

—¿Sabéis que mi padre es inocente?—dijo ella.

—Estoy persuadido.

Se inclinaba correctamente, como si en un sa-

lón se le hubiese hablado de un hecho más ó menos indiferente, que no hubiese querido tomarse el trabajo de comprobar.

—Y bien, Príncipe (preguntó Noris), ¿qué es necesario que yo haga ahora?

René, andando, la miraba con admiración sincera.

Ella, interrogándole, envolviéndole con sus grandes ojos de gitana aumentados aún por la congoja, medía sus pasos por los suyos y examinaba la sonrisa del Príncipe, considerablemente disgustado por este encuentro. Siempre correcto, el *clubman* se esforzaba, sin embargo, en no dejar adivinar su disgusto.

—Escuchad (dijo Noris), comprendo que hayáis titubeado en responderme; pero si yo he tenido la audacia de escribiros, es porque me creía autorizada para ello, por conversaciones y confidencias que no he olvidado.... Yo, parisiense, no conozco á nadie en París.... Os juro que no tango esperanza más que en vos. Y bien; lo que yo voy á pedir os es una sentencia de vida ó muerte.

—¿Vuestra sentencia?

Por más que le incomodase aquella franqueza de la joven, que le clavaba su mirada en el fondo de los ojos, su carácter habitual hacía que se le ocurriese una palabra infamemente burlona. Una sentencia era un encarnizamiento de parte de Noris. ¿No tenía, pues, bastante con la de papá?

—¡Me habéis dicho que yo no tenía amigo más adicto que vos!

—Sí.... (dijo René.) Una noche, en casa de Vérignon; me acuerdo muy bien.

Se aproximaba á ella instintivamente, al mar-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

char, con su brazo derecho rozando el brazo de Noris, y su mano enguantada pretendía apoyarse sobre este brazo femenino por una especie de costumbre de galantería.

—Os lo he dicho; y ¿queréis que os lo repita aún?

—dijo él dulcemente, dando á su voz inflexiones estudiadas de galán de teatro.

Ella le amaba demasiado para sentir todo lo que había de ficticio en este arrullo de costumbre, especie de arrullo del amor que aquel perdido de veinte años volvía á empezar para todas las mujeres. Esta voz apagada, acariciándola por lo bajo, la hacía encontrar de repente esperanzas, las queridas confianzas de sus sueños.

Avanzando así, subiendo las calles, codeados alguna vez en esta misma acera, Dinorah no veía más que á él, y olvidando los transeuntes, la calle, el coche que les seguía, se sentía ligada al Príncipe como si hubiese acudido á una cita.

—Pues bien: si sois el amigo adicto que decíais...., si me guardáis la afección prometida...., probadme que es siempre lo que era antes de esta horrorosa aventura.

—¿Qué queréis que haga?

Lo sabía demasiado. Ella no le pedía nada que no hubiese repetido veinte veces. Protestas de adhesión conduciendo á medias declaraciones. Frases de romanza, disfrazando en él las brutalidades del deseo.

Noris se había dejado sorprender, y como la decía que era suyo desde el fondo del alma, se abandonaba al gozo de amar al que le decía esto. Ella encontraba natural, siendo desgraciada, el dirigirse á René, como hubiera juzgado natural

también que él acudiera á ella en un peligro, si hubiese podido la pobre joven proteger ó defender á un príncipe de Chantenay.

Sí, ella apelaba de la sentencia de los jueces á la amistad del Príncipe; el apoyo que le faltaba en su aislamiento, le pedía naturalmente á este gran señor, que conocía á la vez á Vérignon y á Feraud, y podía atestiguar la inocencia del condenado.

Y él, encantado de ir más adelante por estas nuevas confianzas en la intimidad de la joven, y disgustado también de esta *teja* que le había caído al salir de la piscina del doctor Sierck, tomaba un tono grave, casi paternal; encubría su retractación y su denegación bajo consejos llenos de prudencia.

Era muy necesario que la señorita Feraud reflexionase, sin embargo, una cosa reposadamente: que la sentencia pronunciada contra Eugenio Feraud modificaba singularmente la posición de la joven.

—Hablemos con formalidad: os he prometido mi apoyo; os lo prometo siempre.... Pero hoy no es como ayer, y....

—¡Es verdad! (dijo Noris.) ¡Soy más desdichada que ayer!

—Vuestro padre es inocente, lo sé; estoy persuadido...., persuadido del todo; pero, en fin....

Meneaba la cabeza, y repetía con una visible afectación de gravedad este *¡en fin! ¡en fin!*

—En fin (interrumpió bruscamente Noris): ¿vais á decirme que todo el mundo no está obligado á creer en su inocencia? Es perfectamente exacto. Pero no es á mí, á su hija, á quien se osará decirlo, ni á quien se podrá tampoco dejar sospechar lo

que se piensa. ¡Es inocente, absolutamente inocente; más que inocente, es mártir! ¡Ah! ¡Ya lo probaré!

—¿Cómo?—dijo el Príncipe.

Se había detenido de repente, mirándola cara á cara.

—Todo no ha concluído (dijo la joven). ¡Hay apelaciones contra estas sentencias!

—Perfectamente. Yo no estoy muy versado sobre las costumbres de los tribunales; pero sé.... sé....

—Este juicio será anulado.

—Tanto mejor. ¡Lo deseo con todo mi corazón!

Él se interesaba por aquello que le decía Noris, en cuanto lo hubiese exigido la galantería, si la pobre niña, en lugar de ser una *amiga* que él encontraba, hubiese sido una de las pretendientes de que hablaban los lacayos del hotel de Chantenay. Esta plática, desde el principio, le pesaba en extremo. Estas confidencias ó estas quejas no podían conducir á nada. He aquí ahora que ella pretendía auxiliarse en los pasos que debía dar ante el tribunal de apelación.... ¡Qué idea!.... Era, al menos, caprichosa. Pero él no entendía nada de estas contiendas de los tribunales, absolutamente nada. Detestaba los procesos y sus trampas. Los Beaumartel de Chantenay se envanecían de ser gente de espada, y no de toga, y los magistrados no habían entrado jamás en la familia. Que no contasen con él. Por otra parte, la inocencia está siempre segura de triunfar; no se ven errores judiciales más que en las malas novelas ó los dramas pasados de moda. Y en estos consuelos, donde el interés del parisiense se mezclaba á la fría política del hombre de mundo, Noris, poco á poco, encontraba no sabía qué

acento de irónico desdén. Sentía la impresión de una cosa helada que le caía sobre los hombros con la vaguedad de estas palabras: «Paciencia.... Valor.... Resignación....»

¡Resignación! ¡Ella! ¿Ante esta tiránica y lastimosa injusticia? ¡La hija de este pobre ignorante conducido á la prisión correccional como un carneiro al matadero; aceptar sin gritos y sin lucha una iniquidad tan atroz! ¿Pero por quién la tomaba el príncipe de Chantenay? ¿No sabía, pues, que hay honor plebeyo como hay honor titulado, ó, más bien, que no hay dos honores, y que la hija del emborronador de papel no se resignaría á esta vergüenza, como el hijo del general príncipe de Chantenay no se resignaría á una afrenta?

Ella le dejó al perder esta confianza por la política de René, y éste subió á su coche, diciendo al conductor: «Al Hotel». Y entretanto que el carruaje le llevaba hacia el parque Monceau, se acordaba con cierto estremecimiento sensual de la gracia de aquel lindo rostro pálido, el pliegue de la oreja bajo los cabellos negros, el ardor de los ojos, la atracción irritante de los labios.

—¡Yo he sido quizá demasiado seco! (pensaba el Príncipe.) ¡Habría debido hacerla creer que me interesaba más que esto por su padre!....

Noris tenía deseos de llorar al subir, con esta ilusión menos, hacia la casa de la calle Brochant. No había encontrado en René la vehemencia de corazón que esperaba. La había hablado, á pesar de su galantería, casi como á una extraña. ¡Él no podía creer, sin embargo, que la condena del pobre padre fuese merecida! ¡Le conocía, conocía á Ferraud! ¿Por qué no había respondido en seguida,

en un arranque de piedad, á este ruego? ¿Cómo no había dicho, y ella esperaba, sin embargo, estas palabras: «Todo lo que se pueda hacer por vuestro padre se intentará?»

Noris estaba tan desolada, el aplanamiento de todo su ser tan impreso en su cara, que Victorina la preguntó cuando entró:

—¿Qué ocurre, Dios mío?

—Nada; lo que debía llegar, llega; cuando se es desdichado, no se tienen amigos: he aquí todo.

Ella había puesto, sin embargo, tanta confianza en esta afección del príncipe de Chantenay.... No había reflexionado bastante, sin duda. Se dejaba llevar y llevar en sus sueños de joven, á pensar en él, sin decirse lo que era más necesario que se dijese: que no eran de la misma sociedad; que un amor entre ella y él era imposible. ¡Ay! ¡Sí, imposible! ¡Pero ella le amaba!

Y ahora, en la amargura de su decepción, era cuando sentía que le amaba. Este amor ignorado, ó ahogado, el dolor la enseñaba con una vivacidad amarga que en ella estaba la fuerza real. Era dichosa otras veces cuando iba á casa de Véringnon, porque esperaba que *él* estaría allí. Oírle era uno de sus goces. Conservaba en la memoria, repitiéndolas por lo bajo, sus palabras, que la parecían tan dulces, tan dulces en su novedad perturbadora.

¡El pequeño Príncipe! ¡El pequeño Chantenay! Cuando se hablaba de él delante de ella, se admiraban su elegancia, su seducción, sus maneras propias de expresarse, le encontraba encantador, sin analizar nada, sencillamente porque le agradaba. Sí, ella le amaba. Noris lo repetía aún ahora, con la frente apoyada en la vidriera, contemplando

este parque que el crepúsculo envolvía como con un velo gris.

De pie, Noris miraba el vacío ante ella, fatigada, diciéndose que puesto que el Príncipe no venía en su ayuda, nadie, nadie acudiría á socorrerla. Y sentía una dolorosa impresión de abandono, que aumentaba en la tristeza del crepúsculo. La sombra caía sobre el parque desierto, donde los árboles desnudos se levantaban por encima de las barras rectilíneas de la reja. Detrás, alumbraban las luces de las casas lejanas; el humo de la locomotora, subiendo del fondo de la zanja del camino de hierro, se evaporaba en el gris de la tarde, y se oía el silbido de los trenes que llevaban lejos de París ó traían á su abismo viajeros hacinados. Entonces sentía Noris deseos de huir, ganas de ocultarse en la soledad. Lo que tenían de estridentes estos silbidos, le hacían el efecto de una llamada. ¡Y cómo hubiese ella abandonado á París, donde se sentía tristemente sola y perdida; cómo le hubiese dejado con un gozo de loca si hubiese tenido con ella á aquel pobre padre arrancado de su lado y encerrado allá abajo!

Ya no era posible contar con el señor de Chantenay. Si se le hubiese dicho esto dos días antes á Noris, no lo hubiera creído. No lo creía todavía. Quizá en esta actitud en que le había sorprendido, lastimado, había más molestia que indiferencia. Se acordaba de que, después de todo, él había querido ser amable. Un momento había sentido, buscando su mano, la mano del Príncipe. Trataba de recordar las últimas palabras que le había dicho. No era un adiós seco, era un consuelo. Se acordaba ahora. ¿No podía haberse equivocado en el sentido de esta

resignación que le recomendaba el señor de Chantenay?

Cuando él había dicho «¡valor!», acaso quería añadir que no abandonaría á Eugenio Feraud. Noris contaba así con esperanzas repentinas en su reflexión desesperada, y después se enojaba consigo misma por haber abrigado aquella nueva esperanza. ¡Ah! ¡obstinación de su confianza y persistencia de su fe! Ella le amaba, sí: ella le amaba mucho, para creer en él cuando le había visto dudar ante el servicio que reclamaba de su adhesión. Fué dichosa, dichosa hasta lanzar un grito de gozo, loco, cuando, al día siguiente, habiendo ido Victorina á abrir al oír un campanillazo, la anciana volvió, convulsa, pálida, anunciando al señor príncipe de Chantenay. Ella dijo también: «Monseñor», la pobre Victorina, ó más bien no dijo nada, no acabó nada, balbuceó «Mons...., Mons....», y Noris entendió todo, adivinó todo. Se había levantado de la silla, donde, sentada ante su escritorio, escribía á su padre; y estremeciéndose de sobresalto, alegre, avanzaba hacia René, tendiéndole las dos manos, y saludándole como con un grito:

—¿Queréis que os lo diga? ¡Os esperaba!

—¿Verdad?

—¡Verdad!

—¿Habfais adivinado que iba á venir?

—¡Estaba segura!.... ¡No podía creer que me dejarfais sola después de mis confidencias de ayer!

—¡Ah!.... ¡Tenéis razón, Noris! Y desde ayer no he pensado más que en vos.

—¿Y en él?

—Y en él. He leído atentamente el proceso. Deberá ser roto como un vidrio....

—¿Lo creéis? ¿verdad?

—¡Estoy cierto!

Y miraba á aquella bella criatura, cuyos grandes ojos le absorbían, llenos de fiebre, dichosa, confiada.

Noris estaba menos pálida que la víspera. Una impresión de gozo le agolpaba la sangre del rostro, y en la pobre y reducida casita de Batignolles, la llegada de este Príncipe, cuyos caballos piafaban abajo en el parque, le parecía la aparición de los genios encantadores de sus cuentos de antaño.... El Príncipe encantador, dispuesto á los mayores sacrificios para salvar al pobre Feraud, le contemplaba Noris con una especie de admiración sencilla, y él en un sillón, fijando sus ojos sobre los antiguos grabados, los bocetos, las porcelanas ó los libros, el humilde lujo artístico del viejo novelista, decía sonriendo, con el sombrero sobre las rodillas, las manos sobre el sombrero y las piernas cruzadas:

—¡Ah! ¡Este es un cuarto muy lindo! ¡Aguas fuertes!.... ¡Sol!.... Muy lindo.... ¡Muy alegre y simpático!

Añadía solamente, mirando á su alrededor, con el monóculo en el ojo, que aquellos diablos de jueces hubieran podido ir á hacer una pesquisa en casa de Feraud. Á menos que los hubiese escondido en los jergones, no era ciertamente en el mobiliario del pobre hombre donde se habían invertido los millones de los accionistas de las minas de Sierra-Fuente.

No era esto, por lo demás, lo que iba á buscar el príncipe Beaumartel de Chantenay en la habitación del anciano literato.